

ro saco sobre un silicio à raiz del cuerpo, cefi-  
da una sogá de esparto, con la cabeza descu-  
bierta siempre, los pies descalzos, por cama la  
desnuda tierra, y un leño por cabecera, los días  
entonces gastando siete, y ocho horas de oracion  
de rodillas en continuos gemidos, y lagrimas, in-  
terruptas solo para tomar tres disciplinas cada  
día, en que con cadenas de hierro se rasgaba las  
carnes, dexando con su sangre salpicados, y te-  
ñidos los respaldos de aquella Cueba, dichosa se-  
cretaria de oráculos divinos, sus ayunos à solo  
pan, y agua, pasandosele à veces tres días en-  
teros sin comer ni beber un bocado solo. Yá veo,  
que llenos de asombro me dicen que no podrán  
tanto. Ahora, pues, ¿no puedes ayunar? Podrás  
à lo menos dár limosna. ¿No tienes limosnas que  
dár? Podrás visitar à los enfermos, servirlos, y  
aliviarlos. ¿No te permite esto tu retiro, ò tu es-  
tado? Podrás suplirlo con oraciones devotas, y  
fervorosas, con oír Misas, con frecuentar las Igle-  
sias. ¿No te dán lugar à esto otras ocupaciones, ò  
achaques? Pues no será tan difícil el privarte algu-  
nas veces, ò de las recreaciones, ò de los placeres  
permitidos; dexar por penitencia el juego algunos  
días, ¿qué penitencia será? ¿dexas de ir, ò à la  
conversacion, ò al paseo, ò à la comedia, qué se  
puede alegar para esto de dificultades en la salud?  
Retirar los ojos, quitar la atencion de donde la  
lleva la curiosidad, ¿qué imposibles pueden ale-  
garse para esto? En la mesa dexar un plato de  
que se gusta, ¿qué daño puede seguirse en es-  
to? Pues todas estas son penitencias con que po-  
demos ir descargando la deuda de nuestras cul-  
pas, y si siendo tan suaves, aun las reusamos, y  
no las hacemos. ¿qué excusa nos quedará para  
con Dios? Quien no puede con la disciplina, ven-  
za siquiera los ojos: quien no quiere sufrir el si-  
licio, modere siquiera por Dios la vana pompa en  
el vestido; quien no puede dormir en una tabla,  
hable con Dios algunos ratos de rodillas; quien no  
puede ayunar porque le debilita, dexa siquiera  
por Dios las golosinas que le dañan. ¡Oh, peni-  
tencia suave, sin los espantos de las cadenas, de  
las cuebas, y de las soledades! ¡Oh, penitencia,  
que sin el horror de consumir el cuerpo puede  
tener crucificado el espíritu! ¡Oh, penitencia,  
que sin derramar la sangre puede pagar la pena  
de las culpas, y con lo poco que amarga intro-  
duce en el alma la dulzura que eterniza! Las ove-  
jas en el Ponto, dice Camerario, (*l. Celtur.*)  
no tienen hiel, y la causa es mas admirable, por-  
que se sustentan (dice) del Absinthio, de yerva  
amarguísima, que tiene por efecto consumir la  
hiel dentro del hígado. Así le pone muy bien por  
mote, el que mejor podemos poner nosotros à la  
penitencia: *Dulcecit amarum*. De lo amargo se  
hace lo dulce, de lo amargo que entra por la  
boca, se quitan las amarguras interiores de las  
entrañas.

Pero aun nos queda otra inmensa mies de pe-

nitencia, si sabemos lograrla, eso es lo ultimo  
que añade el Catecismo: *T trabajos que Dios en-  
via llevados por su amor en paciencia*. Tal es la  
liberalidad inmensa de Dios, dice el Santo Con-  
cilio de Trento, tanto su amor infinito, que no  
solo con aquellas penitencias que nosotros por  
nuestra voluntad hacemos, no solo con aquellas  
que nos impone el Confesor, sino lo que es el  
mayor argumento de su amor: *Quod maximum  
amoris argumentum est.* (*Ses. 14. cap. 9.*) Aun los  
trabajos, las enfermedades, las pérdidas, ò ya  
de bienes temporales, ò ya de los hijos, y todo,  
en fin, quanto de castigo nos envia su Magestad,  
si con humildad lo recibimos, si con obediencia  
rendida sujetamos nuestra voluntad à la suya, to-  
do nos sirve para satisfacer por nuestras culpas.  
¡Oh, Dios, y qué tesoro tantas veces tan necia-  
mente malogrado! ¿Padezes la pobreza, la mi-  
seria, la falta de lo necesario? ¿Qué remedias  
con la impaciencia, con las maldiciones, con los  
enojos? Nada: lo mismo padezes, y aun quizá  
mas por ese tu enojo. Pues ¿quanto mejor sería  
que con una conformidad rendida ganáras todo  
eso para tu alma? ¿Padezes la enfermedad, el  
dolor, el peligro? ¿Qué remedias con la murmu-  
racion, y los sentimientos, ò de la medicina, ò  
de quien lo ordena? ¿Quién ordena la enferme-  
dad? ¿quién la envia? ¿No es Dios? ¿Pues para  
qué malogras en no rendirte à su obediencia la  
salud mejor, y mas estimable de tu alma? ¿Per-  
distes el caudal, se murió el hijo, se te fue el  
bienhechor? ¿Para qué son los amargos clamores  
del enojo, y de la venganza contra el tramposo,  
las nimias lágrimas, y extremos temerarios del  
dolor, si por mano de Dios así puedes lograr  
para tu alma la dicha del perdón de tus culpas?  
Pues si tenemos Fé, quanto nos viene de traba-  
jos, sean los que fueren, ò particulares, ò pú-  
blicos, ¿no nos vienen de la mano de Dios? *Si  
erit malum in Civitate, quod Dominus non fecerit.*  
¿Pues qué se sigue de aqui? que digamos al pun-  
to con el Santo Job: Ni son los Caldeos los que  
me han destruido los ganados, ni son los vientros  
los que me han derribado la casa, ni es la casa  
la que me ha muerto à mis hijos, ni el demonio el  
que todo me lo ha quitado; Dios es. Dios: *Do-  
minus dedit, Dominus abstulit*. Digamos con David  
al creerlo así: *Obmutui, & non aperui os meum, quo-  
niam tu fecisti.* (*Ps. 38.*) Lo has hecho tú, mi  
Dios, no hablo palabra. Digamos con Ezequias  
apretado en la ultima enfermedad: *Quid dicam,  
aut quid respondebit mihi, cum ipse fecerit?* (*Isai.  
cap. 38.*) Dios es quien lo ha hecho, ¿qué tengo  
yo que replicarle? Y en fin, si volvemos à mirar  
quanto merecen nuestras culpas, digamos con el  
Buen-Ladron: *Nos quidem justè, nam digna fac-  
tis recipimus.* (*Luc. 23.*) Todo este trabajo, to-  
do este golpe, toda esta pérdida la tengo bien  
merecida por mis culpas.

Si así recibimos los trabajos; dichosos è infi-

ni-

## PLATICA XXVI.

De la satisfaccion por medio de las Indulgencias,  
y qué cosa sean.

A 31. DE AGOSTO 1693.

nitamente dichosos trabajos que nos sirven de sa-  
tisfaccion por nuestras culpas, que nos forman la  
mas inestimable corona para el alma! Así los mi-  
raba mi glorioso Padre S. Ignacio, (*In v. l. s. c. 20.*)  
en quien se compitieron siempre el obrar con el  
padezer. Duda grande, si fue mas lo que hizo an-  
sioso por el bien universal del mundo, que lo que  
el mundo le dió que padezer en terribles persecu-  
ciones; preso y cargado de cadenas en Salaman-  
ca, compadeciéndose de verlo así una persona  
grave, le respondió: ¿Tan gran mal os parece  
estar así un hombre aherrojado? Pues os digo  
de verdad, que no hay tantos grillos, ni tantas  
cadenas en Salamanca, en España, en todo el  
mundo, que no sean mas en las que yo deseo  
verme por amor de mi Señor Jesu Christo. Fue  
toda su vida suma la estimacion que hizo de todos  
los trabajos. Preguntóle en una ocasion un Reli-  
gioso, ¿quál era el camino mas corto, mas cier-  
to, y mas seguro para alcanzar la perfeccion?  
y respondió por su experiencia: *Padezer muchas,  
y graves adversidades por amor de Christo. Pedid  
à nuestro Señor esta gracia, porque à quien el la  
hace, le hace muchas juntas, que en ella se encien-  
ran.* ¡Oh, y quantas lográramos, si no malográ-  
ramos los trabajos que Dios nos envia infinita-  
mente misericordiosos!

En la Historia de los Predicadores se refiere,  
(*Hist. S. Domin. 4. p. l. 2. c. 30.*) que un Santo Re-  
ligioso estando enfermo, puesto en oracion, arre-  
batado fuera de sí empezó à dár grandes gritos,  
diciendo: Señor, hasta el día del Juicio, Señor,  
hasta el día del Juicio, y lo tendré por grandísimo  
beneficio y regalo. Atonito al oírlo el Enfermero,  
acudió al punto, preguntóle, ¿qué voces eran aque-  
llas, y qué querian decir? A que respondió el en-  
fermo: Me ha dado Dios à entender esta tarde el  
tesoro grande, que está escondido en los trabajos,  
quanto es el premio que le corresponde, y quan-  
ta dicha es pagar aqui lo que se ha de pagar en el  
Purgatorio; y pensando esto sentí un tan grande  
esfuerzo, que quisiera vivir millones de años solo  
por padezer trabajos, y por eso dixé lo que me  
oistes: Señor, hasta el día del Juicio, lo que tendré  
por grandísimo beneficio, Aliento, pues, al-  
mas, que pues nos sobran trabajos, de nuestra  
mano tenemos en saberlos lograr toda la dicha. Si  
se han de padezer, por mas que lo repugne la im-  
paciencia, padezcamolos de modo que nos acua-  
dalen la gracia: si se han de sufrir por mas que  
nuestra voluntad no quiera, padeciendo la pena,  
lleve mosla de modo, que la pena nos vaya for-  
mando el caudal inexplicable de la Gloria. *Ad  
quam, &c.*

LA mejor alquimia del Cielo es la que hoy  
traygo que proponer à mi Auditorio: el arte  
mejor, digo, de hacer oro de la tierra, de con-  
seguir à muy poca costa un caudal imponderable, y  
de adquirir con muy poco trabajo riquezas infi-  
nitas. No ha fatigado poco à los ingenios la codi-  
cia de no sé quién, que les hizo caer facilita-  
mente, que de ciertos ingredientes de muy poca costa  
se podia fabricar y hacer oro. ¡Oh, quanto al oír so-  
lo nombrar el oro, inquietándose las ansias de la  
codicia, ha costado en el mundo este aplaudido  
disparate de penosas fatigas! Esa es el arte que  
llaman Quimica, y llamarían mejor quimerica, en  
que sudando congoxados días y noches à la re-  
donda de las hornillas, alambicando mas que la  
sal, los sesos para formar la que yá por el nom-  
bre conocen piedra Filosofal; se persuaden à que  
pueden hacer del poco costo de Mercurio un gran-  
de precio de oro finísimo; y en esto gastando lo  
primero el juicio, despues las fatigas, y al cabo  
de todo las bolsas, metidos siempre entre las lla-  
mas, apacentándose de soplos, vienen à desenga-  
narse quando vén todo su gastado dinero conver-  
tido en cenizas; todo el oro que esperaban desva-  
necido en humo, y en soplos, volando deshechas  
todas sus cenizas; ¿Qué trabajo tan necio, qué mal  
empleados gastos! Ahora, pues, yo afirmo como  
del todo cierto, que yá hemos hallado la mejor  
piedra Filosofal: yo aseguro que tenemos muy  
facil, à muy poca costa el hacer todo quanto oro  
quisieremos, y sin tantas fatigas ¿quién hay que  
lo quiera? Pienso que serán todos.

Pues en breve digo, que eso es lo que tenemos  
en las Indulgencias, mucho oro; oro infinito, con  
que pagar todas nuestras deudas, y à tan poca  
costa como suele ser, yá un ayuno, yá el visitar una  
Iglesia, yá una Confesion, y Comunión, y así  
las demás diligencias, que todas son siempre tan  
ligeras, tan suaves, que nada nos cuestan, y nos  
adquieren un precio inestimable.

Indulgencia, pues, es un perdón, no de los pecados,  
que estos han de estar antes perdonados, para  
que pueda conseguirse la Indulgencia. Es, pues, esta  
un perdón de la pena temporal, que debíamos  
por los pecados; y este perdón se concede fuera  
del Sacramento, por la aplicacion del Tesoro de la  
Iglesia. Hemos yá visto, quánta es la necesidad  
que tenemos de satisfacer por nuestras culpas; y  
que, ò hemos de pagar tanta deuda en esta vida  
con la Penitencia, ò en la otra con las espantosas

y terribles penas del Purgatorio: ó acá en una vida de terribles austeridades, ó allá en una pena de intolerables llamas. Ahora, pues, me dirá alguno, y si mis deudas son infinitas, porque son infinitas mis culpas; si no puedo yo hacer aquellas penitencias tan prodigiosas, que sabemos que hicieron los Santos; si mis achaques me impiden; si mi pobreza me estorva; si mis negocios me embarazan; si mi estado me detiene para hacer la penitencia que debo, ¿no hay remedio, Padre, sino que lo he de padecer en el Purgatorio? Digo, pues, que si lo hay, y que aquí entra la benignidad de Madre con que nos socorre N. Madre la Iglesia con las Indulgencias. Estamos, como si dixeramos, para quebrar, debiendo grandes cantidades; estamos para caer en una cárcel, donde en desventuras y misterias paguemos con el cuerpo y la vida, lo que no podemos pagar con la hacienda. ¿Y qué hace benigna y amorosa N. Madre la Iglesia? Sale por nosotros á la paga, y con una diligencia muy fácil que nos pide, abre, franquea y desembolsa por cada uno de nosotros: ¿qué? Todo un infinito tesoro de satisfacción á nuestro querer, á nuestra voluntad, para que aunque debieramos millones los podamos pagar en un punto, y quedar libres. Eso, pues, son las Indulgencias.

Así lo mostró el Señor á la Beata Maria de Cunito en Roma. En uno de los años de Jubileo arrebatada en espíritu vió una Plaza muy grande, y en ella puestas muchas mesas, sobre las cuales vió inmensa riqueza; vió montones grandísimos de doblones de oro, las perlas á granel, como si fueran lentejas; los diamantes y piedras preciosas á monton, como si fueran guijas; y quando á la devota alma se le iban los ojos de la admiración y de la curiosidad, oyó una voz, que le gritó: *El Tesoro está puesto en público, cada uno tome de él quanto quisiere, y quanto hubiere menester.* Pues estas palabras mismas son las que nos dice la Iglesia siempre que hay un Jubileo, una Indulgencia plenaria, que es casi siempre y casi todos los días. Y si son tales nuestras deudas, ¿quién no acudirá á coger de allí con que pagar? El tesoro está puesto en público.

¿Mas qué tesoro es este? ¡Oh, Dios! ¿qué lengua bastaría á explicarlo? ¿Es el Tesoro infinito, inagotable, inmenso de la satisfacción de nuestra Vida Christo; de cuya Sangre, si una gota sola bastaba para satisfacer por los pecados de mil mundos, ¿qué harán tantos rios de Sangre derramada de un Dios? Allí con cinco panes dió de comer hasta satisfacerse del todo á cinco mil hombres, sin mujeres y niños; y despues de todos satisfechos, aun sobraron de los pedazos de pan doce canastas. A ese modo, pues, inagotable el valor infinito de su Sangre lo tiene atesorado la Iglesia para repartir liberal á sus hijos. Y aunque este tesoro solo bastaba y sobraba; mas

porque como miembros de esta Cabeza Divina, participan de su mismo valor las obras de los Santos todos, se añade á este tesoro otro tesoro. ¿Qué será la satisfacción correspondiente á los meritos de MARIA Santísima? No hay guarismo para contarla; y toda no habiendola menester en sí la Señora, porque no tuvo pecado, toda se atesora para nuestro bien en la Iglesia. ¿Pues qué las penitencias de el Bautista? ¿qué las austeridades espantosas de tantos millares de Santos, Confesores, Anacoretas, y Virgenes? ¿Qué la sangre derramada, los tormentos, y las muertes de tantos millones de Martyres? que no habiendolos menester todos en sí por satisfacción, quanto les sobró á ellos, todo forma el tesoro para nosotros: *Ponens in thesauris abyssos.* Abismos inmensos de tesoros.

De este tesoro, pues, tiene la llave el Sumo Pontífice de la Iglesia. Y este tesoro es el que nos comunica por las Indulgencias, saliendo á la paga de aquella pena que nosotros debíamos pagar, ó acá ó en el Purgatorio; pero esto es con distinción, segun la voluntad del Sumo Pontífice que las concede. Concede, pues, unas veces 40. días, otras tantas quarentenas, otras 7, otras 20. años de Indulgencia, otra Indulgencia plenaria, y Jubileo: ¿Y qué quiere decir todo esto? Quarenta días de Indulgencia quiere decir, que si las ganamos se nos perdona toda aquella pena, que se nos perdonaría, si hicieramos quarenta días de Penitencia, segun los Canones antiguos. ¿Y qué era esa Penitencia? Eran, como ya dixé en otra parte, dos, ó tres ayunos á pan y agua cada semana; era andar vestidos de saco todo ese tiempo; era no comer carne alguna, ni beber vino; era andar á pie y no hallarse en fiestas ni musicas ni teatros; eran en fin otras muy rigurosas austeridades. ¿Pues tan poco es esto para ganarlo con doblar la rodilla á una Imagen, con decir una AVE MARIA, ó con otras diligencias tan ligeras? ¿En un instante ganar quarenta días de Penitencia? ¡Oh, qué abreviar tan dichoso! Pues eso quiere decir una quarentena de perdón; y á ese respecto el ganar tantas quarentenas, el ganar siete años ó veinte años de Indulgencia; que quiere decir que si se ganan se perdona toda aquella pena, que se perdonaría con hacer veinte años de esa penitencia. ¡Oh, qué pagar tan admirable, que si hicieramos el debido concepto, no dexáramos pasar un instante sin procurar ganar esas Indulgencias! Pues para que hagamos la debida estimación, nos lo mostró Dios con este milagro.

Refiérese en las Cronicas de San Francisco, (P. 2. c. 1. c. 30. apud Magni, de Purg.) que predicando Fr. Bertoldo, Predicador insigne, acabando una vez de predicar, llegó una Señora noble y muy pobre á pedir una limosna: ¿qué te he de dar? la respondió Fr. Bertoldo, que no tengo que darte; pero pues me has oído predicar, yo te con-

ce-

cedo diez días de Indulgencia, que el Sumo Pontífice me ha concedido, que pueda dár á los que me oyen, esos te concedo; y tomando una cedula de papel, lo escribió así: *Concedo diez días de Indulgencia.* Y dandole á la muger la cedula, la dixo: Anda mira si hay quien quiera lograr para sí esa Indulgencia, dandote lo que ella pesare de limosna. La muger cogió su cedula, fuese á un Mercader rico, y dixole si queria darle de limosna lo que pesaba aquella Indulgencia: él echandolo á risa, si te daré, dixo; puso la cedula riendose en una balanza, fuese aquella á pique, y ya con admiración echó un real en la otra balanza; aun se estaba en el ayre; echó dos reales, no bastaba; fue añadiendo monedas: llegó á ciento, aun pesaba mal el papelillo, y no se levantó hasta que se llenó una gran cantidad, que era la que puntualmente había menester la muger, para salir de un grave aprieto en que se hallaba. Diósele el Mercader admirado, y ella salió de su aprieto. ¡Caso prodigioso! Estos solos eran diez días de Indulgencia; miren si merecen estimación.

¿Y qué estimación merecerá una Indulgencia plenaria, ó plenísima, ó remisión de todos los pecados? que todo es una cosa misma con distintos nombres; y quiere decir, que el dichosísimo que la gana, queda en un punto, como el día en que lo bautizaron. Quiero decir, no solo libre de la culpa como se supone para poder ganar la Indulgencia, sino libre tambien de toda la pena que le corresponde; de modo que si en aquel punto mismo espirara, sin un instante solo de Purgatorio volara en un punto á la Gloria. ¿Esto oímos y no se nos desvarata el corazon por conseguir tal dicha? ¿Esto tenemos cada día en todas las Iglesias de Mexico, y no se nos vá toda el alma por lograr un bien tan inexplicable? ¿Por una Confesion y Comunión bien hechas, por visitar una Iglesia, por rezar unas pocas oraciones? ¡Oh, Dios! ¿quién hay que tanta riqueza malogre? Al darle la libertad á los esclavos usaban los Romanos darles con una vara muy suavemente dos ó tres golpes, y con esa ceremonia sola quedaban libres; dandoles á entender, que con esos dos ó tres suaves golpes se libraban de todos los azotes, y miseria de la esclavitud. Pues ahora digo yo; si á este precio solo se diera acá la libertad á un esclavo; ¿con cuántas ansias la buscarían todos? ¿Quánto, pues, es mas dichosa la libertad que conseguimos, los azotes, penas y tormentos de que nos libramos con una sola Indulgencia Plenaria?

¿Pero quién es el dichoso que la consigue? *Quien hace lo que en ella se manda al pie de la letra, en estado de gracia; no dice el Catecismo.* Es, pues, lo primero necesario estar en gracia de Dios para conseguir la Indulgencia: que no se puede perdonar la pena, sin estar antes perdonada la culpa de que esa pena procede: en esto

no hay duda; pero preguntarán ahora, si una Indulgencia Plenaria, pongamos por exemplo, si la Indulgencia de las doctrinas pide, que antes se han de oír en aquella semana tres doctrinas; si éstas se oyen estando en pecado mortal, y si uno despues, el Sabado se confiesa bien y comulga el Domingo, poniendose ya en gracia de Dios, ¿ganará la Indulgencia? Graves Autores dicen, que no la gana; porque aun las diligencias que manda, se han de hacer en gracia de Dios. Otros Autores dicen, que se gana. Pero como no son los Autores los que han de conceder al alma el perdón de sus culpas, sino Dios, mejor será en materia que tanto vale, irse siempre á lo mas seguro. Lo mismo digo en el rezar para la Indulgencia, en el ayunar si lo pide, ó en la limosna si la manda, que lo procuremos hacer quanto mas perfectamente pudieramos, con toda atención, con todo fervor, con todo cuidado; que importa mucho el quedar libre, y pura el alma para poder volar en un punto á vér á Dios y gozarlo.

En los Anales de San Francisco se refiere, (r. 1. l. 2. c. 5.) que á la voz del grande, y siempre celebre Jubileo de la Porciuncula, navegaron desde la Esclavonia 120. personas, arriesgándose á los peligros del Mar, solo por venir á conseguir la dicha de aquella Indulgencia. Llegaron en fin á Santa Maria de los Angeles, y en el día señalado de este Jubileo, hicieron todas sus christianas diligencias; y estando ya para partirse de vuelta á su Patria, una muger que había venido con ellos dandole un grande achaque, murió allí; prosiguieron ellos su viage, y ya embarcados les apareció una noche aquella muger toda rodeada de replandores, y les dixo: No temais, que antes para vuestro consuelo me embia la Santísima Virgen N. Señora, para que os diga, que por el beneficio de la Indulgencia de la Porciuncula habiendola ganado, al punto que allí espiré, volé al Cielo, sin haber estado un solo instante en el Purgatorio; dixo, y desapareció, dexandolos á todos llenos de regocijo. Esta es, pues, la dicha que tenemos en las Indulgencias. Concluyo con este argumento. O eres inocente sin culpa, ó eres pecador. Si eres inocente, si en toda tu vida no has pecado, no hablo contigo; mas que no ganes Indulgencia: pues que no teniendo culpas, ni tienes que temer las penas; pero si eres pecador, vuelvo á preguntarte: ¿haces toda aquella penitencia que es necesaria para digna satisfacción de tus culpas, ó no lo haces. Si haces tanta penitencia, que te parezca que baste, no habrias menester mas socorro; pero si no haces penitencia, y te esporan las penas del Purgatorio, quan ciego serás, quan imprudente, quan necio en no acudir con todas las ansias del alma todas quantas Indulgencias pudieres? De un enfermo á quien estando para cortarle un brazo, un pecho ó una pierna, que lleno de horror y miedo el corazon, vé ya prevenido el brasero, los hierros ardiendo, la sierra prevenida, que en acto tan

hor-

horrible no le cabe el alma en el cuerpo, si entrara uno y le dixera: Con mucho mas facil remedio quedarás sano, sin dolor ninguno, sia tormento: ¿qué no abrazaría él al punto por librarse de aquel horror y de aquel tormento? Pues, y qué, si le dixeran; ¿Con un poco de agua rosada, con ponerte saliva quedarás sano y libre de que te corten el brazo, ò de que te asierren la pierna! ¿Con un remedio tan facil? Sí. ¿Lo haría, pues? Yá se vé. Algo explica eso de lo que con infinito mas valor hacen las Indulgencias, librandonos de los tormentos del Purgatorio: y pues es tan facil la paga, logremos con toda diligencia el escapar los tormentos de tan terribles penas, y el abreviar así los pasos a la Gloria.



#### DEL SANTISIMO SACRAMENTO de la Eucaristía.

##### PLATICA PRIMERA.

De la soberana institucion, y nombres de este Santísimo Sacramento.

A 25. DE ABRIL DE 1694. AÑOS.

Poca materia le pareció à Estesicrates, famoso Escultor de la Grecia, para representar à Alexandro en una Estatua todos quantos cortados mármoles, ò pórfidos servian de formar los mas agigantados Colosos, Pequeños retratos decia, vulgares tallas, que si en la proporcion imitan al semblante, no expresan todavia con lo avilado de la copia, del original lo grande. Y por eso reprehendió, dice Plutarco, hacer no menos que todo el monte Athos, que llegaba con la cumbre hasta los Cielos toda una estatua de Alexandro, Empresa, que si fue animosa en la idea, le dexó luego imposible la execucion; ¿por que qué sería menester para labrar en la figura de un hombre todo un monte? ¿qué instrumentos? ¿qué fuerzas? ¿qué trabajos? ¿qué máquinas? Pues quedese Alexandro solo en el nombre grande; Estesicrates solo en la idea valiente; si lo que el entendimiento delinea lo halla luego imposible la mano. Y sirvanos solo este intento de retratar mejor ni mayor imposibilidad, quando quisiera representar, no ya de un Alexandro la mentirosa grandeza, sino de un Dios toda la inmensidad, de un Dios todo el sér infinito, restado à la mayor de sus obras, à lo supremo de sus maravillas, à lo mas elevado de todas sus grandezas, en el Santísimo, tremendo, admirable Sacramento de la Eucaristía. Esta, pues, fineza de finezas, este piélago de gracia, este abismo de beneficios, este Dios, nunca mas grande, que quando encerrado, que quando escondido en este amabilísimo Mysterio, es el que qui-

siera representar con mis palabras, es el que quisiera poner à los ojos de la Fé con mi explicacion; es el que quisiera retratar en los corazones, ò esculpiendo, ò pintando lo inmensamente grande de sus finezas. De este divino liberal Alexandro quisiera fabricar una Estatua. ¿Mas de qué materia, sino de un monte? Pero todos los del mundo aun no son nada; todos los Cielos aun no bastan, si todo el Firmamento aun no alcanza, si toda, en fin, la Divinidad, que ni en ámbitos se estrecha, ni en términos se limita es la que en este Sacramento se encierra. Sirva, pues, lo imposible de dar à entender lo que no puedes alcanzar, ni de los mas altos Serafines, todos los entendimientos. Hablaré, pues, de lo inesfable: así llama à este Sacramento San Chrysostomo: *Sacramentum ineffabile*; que será, aunque dixera infinito lo mismo que no decir nada. Discurriré de lo incomprehensible. Así lo nombra San Cyrilo: *Coudescensus Dei incomprehensibilis*; que será para que mi entendimiento, y los de mis oyentes, como una gota de agua pequeña quedemos en este mar inmenso abismados. Procuraré, en fin, explicar lo que es inexplicable. Así lo reconoce Santo Tomás: *Dispensatio Dei inexplicabilis*; que será si, insinuar solo lo que en este admirable Sacramento nos apunta la Fé, dexar campos inmensos, profundos, inagotables, donde absorba toda el alma, discorra por lo que con la Fé alcanza, lo que toda la Divinidad oculta; à la manera que el que puesto sobre la punta de un alto escollo mirára suspenso por todas partes el Oceano, aunque no descubre, ni los términos, ni los fondos, sino solo una superficie de agua, que por todas partes hace Horizonte à su vista; con todo eso conoce en cierta manera, aun aquello que no vé, en quanto echa de véer que el mar es incomparablemente mayor que quanto él puede alcanzar, aun con la misma desvelada atencion de los ojos. Así, pues, de este abismo de Dios miraremos por todas partes, pero sin hallar términos, que son inmensos; atenderemos quanto por el espejo de las aguas se permite à los ojos, mas sin poder jamás descubrir sus profundos, que son infinitos. ¡Oh, tú, divina fuente de las lumbres, ilustra nuestros entendimientos, para que podamos véer con tu misma luz tus mismas luces! ¡Oh, tú, inflames con tu fuego nuestros corazones, para que en esa hornalla inmensa de tu amor, ardan abrasados nuestros amores!

Entramos, pues, así en la soberana Oficina esta obra mayor de Dios: Esa fue el amor que no teniendo fin en el corazon de nuestro Redentor, quiso en este Sacramento eternizar sus finezas; y por eso quando ya en la víspera de su muerte para quedarse siempre con nosotros nos dexó en este Sacramento vinculada la vida, Jueves, día catorce de la Luna de Marzo, que en nuestra cuenta corresponde à los veinte y quatro días

días de aquel mes, habiendo celebrado primero con sus Discipulos la Cena del Cordero legal, y despues de ella con humildad, y demision tan profunda, que dexando atónitos à los Angeles, vieron à su Dios abatido à lavar los pies hasta un Judas. Volviendo luego à la Cena ordinaria, y comun, y tomando en las manos un pan de aquellos ázimos, y sin levadura, que habian quedado en la Cena pasada, lo bendixo primero, y en pocas palabras, comprehendiendo quanto no cabe en todos los Cielos; tomad, les dixo, y comed: este es mi Cuerpo. Y de la misma suerte, tomando un Caliz, ò vaso de vino: Bebed todos, les dixo: porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que por muchos se ha de derramar para perdon de los pecados. Y hé aqui como obra de Dios nueva mejor creacion del mundo, nueva mejor formacion de los Cielos, que si para tanta máquina à sacarla de la nada habia bastado sola una palabra suya: *Ipsé dixit, & facta sunt*; pocas palabras bastaron para juntar en el pan, y en el vino con su Cuerpo, con su Sangre, y con toda su Divinidad todas sus maravillas. Y porque esta fineza no la hacia solo para que la gozaran los Apostoles, ni por aquella sola vez, sino para toda la Iglesia, y hasta el fin del mundo, les dió al mismo tiempo à sus Discipulos la soberana potestad, para que hicieran lo mismo, y para que comunicandola ellos à sus sucesores Pontifices, y Obispos, estos la fueran comunicando hasta el fin del mundo à los Sacerdotes legitimamente ordenados. Esta es la institucion de este Divinísimo Sacramento. Este es el fundamento inviolable en que estriva eternamente segura nuestra Fé, las expresadas palabras de Dios; y este todo el resto de infinito amor, que fue el obrador principal de su fineza tan imponderable.

Por eso Santa Francisca Romana veia muchas veces la Hostia convertida en una gran llama de fuego que subia hasta el Cielo. Por eso Santa Catalina de Sena quando se llegaba à comulgar, veia repetidas veces en las manos del Sacerdote en la Custodia todo un horno encendido, que echaba ardentísimas llamas, que representaban bien à aquellas almas puras, quanto es el exceso de caridad con que nos dá Dios aquel manjar de vida, labor toda de amor. Toda de amor dixe, porque aunque à formarle concurrió la Omnipotencia, facilitando à millares allí los milagros, como despues veremos, concurrió toda la infinita Sabiduría, que solo pudo hallar modo tan admirable para comunicarse à sus criaturas, para esconderse Dios debaxo de las aparentes especies del pan, y del vino; y para juntar tan distantes extremos, concurrió la Bondad infinita à derramarse toda, y todas las perfecciones de Dios à emplearse por los hombres; pero sobre todos se llevó aqui su amor infinito la primacia, porque fue el que todas las convocó para esta fineza: *Divinitas divini sui erga homines amoris velut effudit,*

que dixo el Sacrosanto Conc. de Trent. (*Ses. de Euc. 13. c. 2.*) A la manera que aquel celebrado Templo de Jerusalén, milagro del mundo, se llevó el nombre de Templo de Salomon, que fue quien lo dispuso, que fue quien hizo los costos, y no se llevó el nombre de tantos insignes Artífices, y Maestros que por sus manos lo labraron; con todo eso, Templo de Salomon decimos. Así, pues, Sacramento de amor: *Eucharistia dicitur Sacramentum Charitatis*, que dixo Santo Tomás, aunque en él concurra la Sabiduría, la Omnipotencia, la Bondad, la Misericordia, y todas, en fin, las perfecciones, y atributos de Dios. Qué bien por eso Santa Magdalena de Pazzis al día de la Comunión le llamaba día del amor; porque à la verdad ningun otro título le viene mejor. Así preguntado el mismo Señor de Santa Brigida; (*l. 4.*) ¿cómo entraba en el alma del que comulga? Le respondió: *Ingrédior ut sponsus*. Entro en esta alma como Esposo à celebrar sus bodas, todo finezas, todo regalos, todo amor, todo ternuras.

¿Qué mucho es, pues, que quando Dios así emplea solícito todos sus atributos en este Soberano Sacramento, no haya por eso nombre que cabalmente le dé à conocer, y que por eso le hayan dado los Santos Padres, y Doctores de la Iglesia tantos nombres, tantos títulos, que si cada uno explica todo un infinito, ninguno, ni todos juntos acaban de dar à entender de este infinito de infinitos el todo? ¿Qué bien el Doctor nunca mas Angelico, que quando abrasado en amores de este Sacramento! *Quantum potes tantum laude, quia major omni laude, nec laudare sufficit.* (D. Thom.) Estiende todo quanto mas puedas las alas de tu entendimiento en alabanza de este Pan Divino: vuela, vuela: sube, sube; di, clama, pondera, no ceses por eternidades; aun no alcanzas, aun no llegas: *major omni laude*. Fuera, pues, para no acabar decir los epítetos, los renombres que le han dado à este Divinísimo Sacramento todos los Santos Padres, y Concilios. Algunos recogió en tratado entero nuestro Raynauo: Dexolos todos.

Y solo apunto los que por mas usados, y repetidos explica Santo Tomás, (*art. 4. q. 73.*) que son tres: Uno, que acuerda, y repite de lo pasado finezas. Otro, que para lo venidero previene, y adelanta glorias. Otro, que en el presente explica, y colma de beneficios; porque en este Sacramento se junta quanto Dios ha hecho, quanto hace, y quanto le queda que hacer. Llámase, pues, este Sacramento: *Hostia*, y *Sacrificio*; por lo que de lo pasado repite, y representa aquel sangriento Sacrificio que ofreció por nosotros en la Cruz à su Eterno Padre: ese piélago inmenso de finezas que allí por nosotros hizo, es el que en este Sacramento incontinentemente repite todos los días en la Misa: *Semel immolatus est in semetipso Christus* (dice San Agustín)